



O.C. tomo X

DIAS DE LIMPIEZA

(Para LA NACION)

SALAMANCA, diciembre de 1912.

El encanto acaso mayor de nuestra vida de niños, el sentimiento de anticipación que nos hace aspirar al porvenir en los días verdes y frescos de nuestra infancia es el de la espera y el goce de las fiestas anuales. Es algo así como lo esperado de lo inesperado. Rompen la monotonía de los días, que no deja de sentirse, como oculto acorde del tedio de la vida, hasta en esos años plácidos en que todo transcurre casi fuera de tiempo.

Apenas se entra en el año nuevo por la fiesta de los Reyes Magos, portadores de aguinaldos, se esperan las Candelas, luego el carnaval, en que el niño ríe las riferías de los grandes, más tarde la tragedia de la Pasión de Cristo exhibida por las calles entre luces de cirios y concurso de curiosos, después las hogueras de San Juan, las ferias del pueblo, el día del patrono, la noche de Navidad por último. Y vuelve otro año en que ha de recorrerse el mismo rosario de fiestas. Y al concluir cada año oímos siempre la vieja cantilena: ¡año nuevo, vida nueva!

¡Año nuevo, vida nueva! ¿Y por qué habrá de esperarse a que llegue el año nuevo, a que se acaben las hojas de nuestro calendario de pared y tengamos que encetar otro, para cambiar de vida? ¿Por qué no hemos de cambiarla desde hoy mismo? He aquí lo que se dicen de continuo cuantos se ponen a pensar en la influencia que en nuestra vida tienen esos hitos o mojones, tanto de tiempo como de espacio, que siendo convencionales, son de lo que más adentro nos llega.

Sólo a la ramplonería anarquista—que es la más ramplona de todas, a la vez que la más simple—podría ocurrírsele escandalizarse de que un ciudadano no tenga hoy facultad legal de hacer lo que podrá hacer pasado mañana, luego que haya entrado en la mayor edad. La cuestión de límite es en la vida social tan capital como lo es en ciencia.

«Le prometo a usted que desde el primero de año ya no vuelvo a eso, pero entretanto...» Es decir, hasta que no llegue el día de la vida nueva déjeme apurar la vida vieja. ¡Son tan dulces sus recuerdos!

Todas estas tan vulgares y tan poco nuevas como poco originales reflexiones se me estaban ocurriendo en las postimerías de este año de 1912 y a la vista del 1913. Y en estos días de cambio de tarjetas y postales, de felicitaciones, de plácemes, de recordatorios y de examen de conciencia, ocurrióme hacer una limpia en el ingente montón de papeles, donde echo todos los periódicos que me llegan con artículos o sueltos en que se me juzga a mí o se juzga mi obra.

Una limpia de éstas es una especie de examen de conciencia. Es como cuando

uno se sienta melancólicamente y empieza a cribar las reliquias de su correspondencia.

No creo que haya nada que nos produzca una más íntima y recogida emoción que el recorrer los papeles, las notas, las cartas, de un hombre que de veras haya vivido. No es menester que sea un gran hombre, lo que llamamos un gran hombre, un hombre histórico; basta que haya sido sencillamente un hombre que vivió y pensó su vida, aunque ésta transcurriera en el más obscuro y apacible retiro. Una correspondencia amorosa, y, gr., tiene siempre interés, por poco interesantes que nos parezcan los que la mantuvieron. Y yo llego a creer que lo más hermoso, lo más hondo de la literatura, es algo que se ha hundido en esos escritos privados que no se escribieron para el público y que una mano piadosa entregó un día al fuego silencioso.

Mas vuelvo a mi limpieza.

Y es que eché mano de aquellos rimeros de papeles, que cubiertos de polvo coronan el más viejo estante de mi librería y empecé a recorrerlos para ir haciendo el expurgo. Allí estaban los ditirambos y algunos de los insultos que en estos doce últimos años se me han dirigido.

De los insultos y ataques pocos, lo confieso, porque tengo por costumbre no leerlos siquiera. Así que se me dirige un impreso cualquiera en el que apenas lo empiezo a leer veo que se me ataca con grosería o con injusticia, lo tiro sin leer más que su principio. Y he llegado en esto a tal perfección, que las más de las veces no necesito ni leerlos. Lo cual no quiere decir, ¡claro está! que no lea los ataques razonados, las refutaciones serenas, las convenciones fundamentadas. Y que a las veces leyéndolas me diga: "si supiera este hombre toda la razón que tiene..." Porque os aseguro que el día en que me dé por meterme conmigo mismo, voy a regocijarme lo que ellos no pueden imaginarse, a los que a las veces conmigo se meten sin saber bien cómo, aunque tal vez vislumbrando el verdadero camino del mejor ataque.

Me puse, digo, a recorrer esos viejos papeles, y según los iba recorriendo, una negra nube de melancolía cuajaba en el cielo de mi espíritu. Y os aseguro que más aun que los ataques me la procuraban los elogios. Algunos de éstos me avergonzaron.

¡Doce años! ¡Doce años de vida al parecer sosegada y, en rigor, inquieta! Inquieta, y no diré desorientada, ¡no! mejor será acaso decir accidentada. ¡Doce años de andar predicando con la palabra y con la pluma! ¡Doce años de andar huyendo de la propia sombra! ¡Y como tengo al sol casi siempre de espalda, mi propia sombra siempre delante de mí!

Y ver tristemente a los amigos a quienes en estos doce años ha tenido uno que dejar al borde del camino, tal vez sin decirles siquiera: «¡adiós, amigo, hasta más ver; llevo prisa!» Amigos de un año, de un mes, de un día, ¡alguno de una hora! ¡Y no poder parar, no poder detenerse en un soto verde y fresco, a la vera del camino; junto a un regato rumoroso, a charlar, a charlar, a charlar mientras el tiempo corre, como el agua del regato, cantando! Correspondencias iniciadas con gran ahínco, mutuas cartas largas, muy largas, hasta que nos



dijimos cuanto teníamos que decirnos, y entonces ello se secó por falta de nueva savia. ¿O no fué más bien desidia, culpable desidia, y ese fatal sentimiento de soledad que a una cierta edad de la vida nos asalta?

Recorría esos viejos periódicos y leyendo lo que ahí, en América, y aquí, en España, se ha dicho de mí en estos doce años, me decía: ¡qué injustos han sido conmigo, tanto en censuras como en elogios; pero qué injusto no habré yo sido también con ellos, tanto en censuras como en elogios! Y recordaba el texto evangélico: ¡No juzguéis si no queréis ser juzgados!

Y de todo esto—me decía luego—¿qué me queda? ¿qué les queda a los demás?

¡Oh no, no, no! ¡nada se pierde, ni el azar en el mar! Algo queda de todo lo que pasa. ¡Doce años haciendo no una firma, no una reputación, sino haciéndome un alma! ¡Y siempre el alma por hacer!

De toda esta labor al día, fragmentaria, despedazada, ¿qué me queda. ¿qué me queda de este ir echando a los lados del camino, como el sembrador la semilla, las ideas, las impresiones que por el camino mismo iba recogiendo? Ideas que tomaba del suelo, que cazaba al aire, acaso según caían del poleo de otro sembrador de ellas.

¿Qué me queda? Tal vez tú, mi amigo desconocido, tú, lector silencioso, que lees y callas y no comentas, tú, que acaso alguna vez te duelen de lo que te digo.

Tú, amigo mío, tienes tus quehaceres, tu modo de vivir, tus preocupaciones y sobre todo la mayor y más grave de todas la de mantenerte y mantener a tu familia. Y acaso tú pienses, allá en lo más recóndito de tu conciencia, que este de escritor público es un oficio despreciable, un oficio que nos hace creer en nuestra propia importancia, nos vuelve ególatras y nos lleva a actos de verdadero impudor. Tal vez tengas razón. Mas no creas que esa pobre mujer que se gana la vida mostrando al público impunemente sus semidesnudeces—lo que es peor que la desnudez completa—esa pobre mujer que se muestra no ya desnuda sino desvestida, no creas que lo hace sólo para ganarse la vida, ¡no! Ni lo hace sólo para ganarse la vida ni tampoco por un egotismo idólatrico o por una idolatría egotista. Yo no te sabré explicar bien ese singular atractivo que ejerce la escena sobre aquel que ha gustado una vez de su encanto, yo no sabré explicarte cómo el que vive del aplauso o de la censura, del cariño o del temor del público no puede vivir sin ellos, pero no le atribuyas nada más que un alma de histrión. O en todo caso, reflexiona mejor y cambia la idea que del histrión tienes. Cada uno de nosotros lleva al comedante dentro de sí, y ¡ay de aquel que tiene que ahogarlo por falta de público y de escenario! O en todo caso representará para sí mismo. ¡No te has sorprendido nunca a solas haciendo la comedia para ti mismo, fingiéndote lo que no eres y quisieras, aunque sólo fuese por un breve tiempo, ser y recitándote a ti mismo tu papel?

No olvides, amigo mío desconocido, que la palabra «persona» quiere decir en el rigor etimológico de su primitiva significación latina primero bocina o resacaador.

después la que se ponía de la boca de la máscara o cabeza de cartón del actor a la boca de éste, luego la careta o máscara, de aquí el personaje representado en el drama, y por último el papel que hace uno en el mundo. El actual sentido psicológico de la voz «persona», deriva de su sentido jurídico; una persona es el sujeto de derecho, y ese sentido jurídico lo tomó del sentido histriónico. ¿No es acaso el derecho una ficción lo mismo que la comedia?

He representado en estos doce años mi papel lo mejor que me ha sido posible, oyendo unas veces los aplausos y otras los silbidos del auditorio. Aunque no, rara, rarísima vez he oído aplausos tan sólo o tan sólo silbidos; casi siempre se me ha aplaudido y silbado a la vez y he conseguido, sin proponérmelo, poner a reír a mi público. Y puedo de mí decir lo que de sí mismo decía Shakespeare y es que he representado de verdad, y que en la escena del desafío he ido a matar de veras y en la de la borrachera me he emborrachado y cuando había que llorar me ha dolido, de veras con dolor de lágrimas y todo así.

Recorriendo esos papeles en la limpieza que de ellos he hecho, me iba limpiando a la vez, al evocar recuerdos casi borrados, de la porquería que esos recuerdos en mí dejaron. He ido viendo mi historia como la de un extraño, casi como la de un desconocido. Dicen que cuando uno oye su propia voz reproducida por un fonógrafo, no la reconoce como suya. La sensación, sensación que puede llegar a ser pavorosa, que yo he experimentado alguna vez, es la de quedarme un rato a solas mirándome a un espejo y acabar por verme como otro, como un extraño, y decirme: «¡con que eres tú!...», y hasta llamarme a mí mismo en voz baja, la sensación terrible del desdoblamiento de la personalidad, de convertirme en espectador de mi propia persona. Y una cosa así, aunque en otro sentido, he experimentado al leer estos días, en frío, lo que de algún acto mío se me dijo a raíz de haberlo yo llevado a cabo. Y me han dado ganas de ir a buscar a aquel que fui yo entonces y a aquel otro que fué entonces mi censor, y poniendo una mano sobre el hombro del uno y la otra sobre la del otro, decirles: ¡parece imposible que os pongáis así y que no queráis entenderos!, y después de todo, la cosa no vale la pena.

Y luego mirando todo aquel montón de papeles y mirando aquel otro en que guardo mis propios escritos, me decía: ¡he aquí tu vida; he aquí una vida! ¿Pero es esto una vida? ¡No, no, hay más, hay mucho más!

De entre esos papeles en que se me tomaba de objeto de desahogos, sólo aparté con asco algunos en que la malignidad felina buscó satisfacer a mi costa las más vergonzosas pasiones, las menos confesables mezquindades del espíritu. Pero yo me tengo la culpa por cándido, por confiado, por demasiado ingenuo. ¡Ah, si los que hablan a tonas y a locas de «pose» y de exhibicionismo pudiesen asomarse siquiera al brocal del pozo de la conciencia ajena! ¡Pero no, basta!

Basta, sí, de estas cosas. ¿No te parece, mi amigo silencioso y desconocido?

MIGUEL DE UNAMUNO.

Diapirio

